

Semblanza de Ignacio de Loyola

por **José Ignacio Tellechea Idígoras**

*Conferencia pronunciada
el 24 de enero de 2006*

Forum Deusto

Semblanza de Ignacio de Loyola

por José Ignacio Tellechea Idígoras*

Se les fue sin darse cuenta. Una semana antes había vuelto de pasar unos días en la viña. Así llamaban a la casita de campo del Colegio romano, cerca de las Termas Antonianas. Parecía haber mejorado un poco. Le preocupaba la enfermedad del P. Laínez. El día 29 pidió la visita del médico. El 30 por la tarde aprovechó la ausencia del enfermero para confiar una misión secreta al P. Polanco, su fiel secretario; que acudiese al Papa, Paulo IV, le dijese que estaba "muy al cabo y sin esperanza de vida temporal" y suplicase su bendición para él y para el P. Laínez. Por aquellos días Roma entera bullía en aprestos bélicos ante la amenaza de las tropas del Duque de Alba. Habían registrado la casa jesuita de Santa María de la Strada en busca de armas inexistentes. Paulo IV se hallaba en guerra contra Felipe II. Estoy aludiendo a las horas postreras de vida de Ignacio de Loyola.

Polanco dejó para el día siguiente el cumplimiento del deseo de Ignacio aunque éste manifestara: "Yo holgaría hoy más que mañana... pero haced como os pareciere". Aquella noche el enfermo Hermano Cannizaro creyó oír, desde su cámara antigua, algunos gemidos de Ignacio. Consta que dijo la más universal plegarias en trance de muerte: "Ay,

* José Ignacio Tellechea (Donostia, 1928) es historiador. Después de finalizar sus estudios en los seminarios de Bergara y Vitoria, Tellechea Idígoras se doctoró en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, donde también se licenció en Historia de la Iglesia y obtuvo el diploma de la Escuela Vaticana de Paleografía (1951-1956). En 1965 se licenció con premio extraordinario en Filosofía y Letras (historia) en Madrid. Fue profesor en el Seminario de Donostia, bibliotecario y rector. También fue profesor del seminario Hispano-Americano de Madrid, y en el 66 obtuvo la cátedra de Historia de la Iglesia de la Universidad Pontificia de Salamanca. Entre otras cosas este historiador es socio fundador, presidente y director del Instituto Doctor Camino de Historia Donostiarra, amigo de número de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, correspondiente de Euskaltzaindia y de la Real Academia Española de la Historia, así como las de Venezuela y México.

Dios, Jesús". Al visitarlo en el alba del día 31 encontraron a Ignacio a punto de expirar. Polanco salió inmediatamente hacia el Vaticano para solicitar la bendición papal. Para cuando volvió, hacia las siete de la mañana, Ignacio había muerto. ¿Le llegó a tiempo la ansiada bendición? No lo sabemos. Sí sabemos que la deseó.

En ese gesto está todo Ignacio en su afán de comunión con la Iglesia, "Vera esposa de Jesucristo", y con su Vicario en la tierra, el Papa Carafa, que no le quería. Unos años antes, allá en Venecia, el entonces Cardenal Carafa, fundador con San Cayetano, de una congregación de sacerdotes reformados, sugirió a Ignacio la fusión de los dos grupos, y éste optó por negarse, y hasta redactó una carta, que no sabemos si llegó efectivamente a destino, en la que razonaba su negativa. Encontraba demasiado templado el proyecto de Carafa. Él quería para su Compañía de Jesús misiones y trabajos más arduos. El desplante quedó grabado en el alma de Carafa. Tras el breve pontificado del Marcelo II –unos veinte días– quien le prometió toda ayuda a la Compañía, se abrió en conclave para elegir un nuevo Papa. Ignacio ordenó oraciones en la Compañía. Suplicaba secretamente al cielo que no fuese Carafa el sucesor, pero lo fue. Cuando llegó a sus oídos la noticia sintió íntimo pavor, se le estremecieron los huesos. Se recogió diez minutos en la capilla y salió de ella transformado, lo cual no cambió las cosas. El nuevo Papa distinguió con sus favores a Laínez, impuso a la Compañía el rezo del coro que Ignacio había suprimido. ¿Llegó a saber Ignacio que el nuevo Papa le llamaba "biscaíno" y lo que es peor, el ídolo de los Jesuitas? Con todo ello bullendo en el alma y en trance consciente de muerte, Ignacio no pidió los sacramentos, sino la bendición de aquel concreto Papa. A pesar de todo los pesares, él seguía firmemente adherido al Papa.

Es verdad que el último año de vida de este Papa colérico cambió su modo de ver las cosas. Creo ser el primero en descubrir que en 1559, tras darse cuenta que había sido víctima de las tretas de su sobrino el omnipotente Cardenal Carlos Carafa, expulsó a éste y a otros familiares suyos de Roma, y no solamente se reconcilió con Felipe II, sino que lo cubrió de elogios singularísimos y le sugirió que le pidiese cuanto quería porque nunca se encontraría con un Papa tan favorable como él. Pero esto ocurría en 1559, e Ignacio había muerto en 1556, cuando le tocó padecer la poca simpatía, por no decir adversidad del Papa Carafa. Por ello su gesto último encerraba un alto significado. En primer lugar, personal. Él y su Compañía, entregados al servicio del Papa con un cuarto voto, tenían que ser coherentes hasta el extremo con su signo distintivo. En segundo lugar, su gesto es altamente significativo en el tiempo: un tiempo de ruptura total con el Papado de numerosos rei-

nos y principados europeos. Para Lutero y sus seguidores el Papa era Anticristo. Esa expresión la he hallado también en el pequeño grupo de protestantes castellanos de Valladolid y su entorno, castigados por la inquisición en 1559. La fidelidad de Ignacio en medio de esta marea adversa al Pontificado cobra todo su sentido. Guardó silencio en su demora personal. Más aún, Ignacio fue el gran silente de su época: de por sí, no era hablador ni dicharachero; pero su actitud silente está impuesta por su voluntad. Tenía no poco que decir, pero calló. Es notable que el más eficaz reformador de la Iglesia de su tiempo con una obra de inmenso alcance, no criticó lo existente como lo harían otros, santos también, como un San Juan de Ávila. Simplemente actuó.

Ese gesto final de Ignacio, en medio de una especie de noche oscura –la de la poca simpatía por parte del Papa– posee inmenso valor ejemplar. Hubo un monje cisterciense que le conoció en vida quien en su loa tras la muerte lo definió como “hombrecito de Dios”, con su diminutivo entrañable debido a la poca estatura corporal de Ignacio. En efecto, Ignacio no es un espécimen normal de los altos y fornidos hombres de su raza. Apenas sobrepasaba los 1,60 de altura pero el “hombrecillo” era de Dios, cazado un día por Dios, transformado y consagrado enteramente a Dios. Por doquier hablaba de Dios, irradiaba a Dios, y en ello está el secreto de su atractivo irresistible, ya en los días de Manresa, como en Alcalá y Salamanca, y finalmente en París. Atraídos por la fama que dejó en Alcalá, fueron a buscarle a París Salmerón y Lainez. También hablaban de Dios los maestros de teología de su tiempo, pero era de otra manera. Como lo reconocería más tarde el Doctor Ortiz, primero enemigo y luego admirador, las palabras de Ignacio “tocaban el alma”, y no precisamente por sus galanuras literarias o por su oratoria brillante.

Con su palabra, sólo con su palabra, se ganó uno a uno a sus compañeros de París. Los forjó al temple, dándoles individualmente los Ejercicios espirituales, no dirigidos por el Padre Ignacio de Loyola, de la Compañía de Jesús, porque ésta aún no existía ni había imaginado tal nombre. Ni siquiera era sacerdote, era un simple seglar, pero un hombre lleno de Dios, deseoso de ayudar a las almas, sin precisar todavía el ámbito de tal ayuda. Y extrañamente, uno a uno e independientemente, todos sus compañeros de París, salieron de los Ejercicios con una decisión extraña: ir a Jerusalén, para vivir y allí morir; si fuera mártires, mejor. Y esto acaecía cuando ya en París se inquietaba ante la presencia protestante. Raro destino éste de Tierra Santa para unos Maestros en Artes.

Ignacio vino a España para mejorar su salud con los aires de su tierra y asombró a Azpeitia y abochornó a su hermano, el señor de Loyola, pidiendo limosna por las calles, enseñando catecismo a los niños y predicando a las gentes cerca del hospitalito en que estableció su morada. Se citó con sus compañeros en Venecia. Él y todos cumplieron puntualmente el programa. Ignacio fue desde España, ellos atravesaron Francia, Principados alemanes, los Alpes, y al fin se encontraron todos en Venecia. Primero se entregaron a atender enfermos en el Hospital de Incurables, como si fuesen otros tantos hermanos de San Juan de Dios. Luego se separaron y de dos en dos se entregaron a la vida eremítica en diversos lugares. Alcanzaron el salvoconducto papal para ir a Tierra Santa y el permiso para ser ordenados sacerdotes. Todo se cumplió: algunos celebraron su primera misa sin festejo alguno. Ignacio se reservó para celebrarla en Tierra Santa.

Fueron pasando los meses sin que se presentase oportunidad para embarcar en la nave que anualmente iba a tierra Santa. El clima internacional era tenso, y tensa era la relación de Venecia con Estambul. Se propusieron esperar la ocasión durante un año y, pasado este, interpretarían el fracaso como voz de Dios, y se pondrían a merced del Papa para que éste los destinase a diversas misiones. Fue por entonces cuando nació el nombre de Compañía de Jesús para designar al grupo, porque las gentes les preguntaban quiénes o qué eran, ¿monjes, religiosos, sacerdotes seculares? Y nació el nombre de Compañía de Jesús: eran compañeros entre sí unidos por el nombre de Jesús. Nació el nombre, no la Compañía. Eran un simple grupo de entrañables amigos unidos por el mismo ideal. Tanto es así que meses más tarde en Roma y expuestos a separarse para servir los encargos del Papa, se pusieron a deliberar y en ello emplearon no poco tiempo. La deliberación abarcó diversos puntos sustanciales: ¿Se separarían siguiendo cada uno su camino, o mantendrían alguna forma de cohesión del grupo? Tal cohesión ¿implicaría un voto de obediencia? ¿Elegirían a uno que fuese cabeza de todo y de todos, y lo sería por vida para evitar las reuniones periódicas normales en otras familias religiosas, toda vez que serían muy problemáticas dada la dispersión previsible de todos ellos? Uno por uno de los puntos, y tras larga oración para buscar la voluntad de Dios sobre ellos, mereció la aprobación. Entendieron que Dios los había unido y quisieron permanecer unidos. Y sometieron la elección del cabeza a votación. Todos votaron a Ignacio, menos él. Era quien los había engendrado en Cristo. Tal era la honda sensación compartida; y era la pura verdad. Con ser tan pocos, ni siquiera pudieron votar todos juntos. Para el día de la elección, Francisco de Javier ya había partido camino de Lis-

boa para embarcar hacia la India. Mas antes de partir, dejó su voto por escrito para el día de la elección. Podemos leer con emoción el texto que Javier escribiría, a punto de salir de Roma:

“Así mismo, yo, Francisco, digo y afirmo que, de ningún modo persuadido por hombre, juzgo que el que ha de ser elegido por perlado en nuestra Compañía al cual todos habemos de obedecer, me parece, hablando conforme según mi conciencia, que sea el perlado nuestro antiguo y verdadero padre Don Ignacio, pues nos juntó a todos con no pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá conservar, gobernar, y aumentar de bien en mejor, por eso, por estar él más al cabo de cada uno de nosotros.”

Era el 15 de marzo de 1540. ¿“Antiguo padre”, Ignacio, cuando hacía sólo siete años que había convertido a Javier? Pero fueron siete años que por su densidad humana y espiritual podían parecer un siglo. Más evidente parecía el tratar a Ignacio de “verdadero padre”, así a boca llena y con infinita gratitud. Cinco años antes, más cerca del día de su conversión, Javier escribía a su hermano una carta, la primera en orden cronológico de las que se nos han conservado. Está escrita en París el 25 de marzo de 1535, cuando Ignacio se disponía a ir Azpeitia y prometió que visitaría a la familia de Javier, a su hermano Juan de Azpilicueta que vivía en Obanos.

Había sabido Javier que su hermano estaba indispuerto contra Ignacio. Alguna razón humana tenía para ello, pues cuando la familia habría logrado una canonjía en Pamplona para Javier, éste había dado rumbo muy distinto a su vida por intervención de Ignacio, el antiguo defensor de Pamplona, mientras el padre de Javier y sus hermanos habían estado del lado de la expoliada dinastía Navarra. Javier atribuye el encono de su hermano contra Ignacio a “algunos malos y hombres de ruin porte” y se deshace en elogios de Ignacio, el hombre providencial que se cruzó en su vida de estudiante y profesor parisino. Aunque largo, merece la pena de ser evocado el párrafo de la carta de Javier:

“Y porque vuestra merced a la clara conozca cuánta merced nuestro Señor me ha hecho en haber conocido al señor mestre lñigo, por ésta le prometo mi fe, que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debe, así por haberme favorecido muchas veces con dineros y amigos en mis necesidades, como en haber él sido causa que yo me apartase de malas compañías, las cuales yo, por mi poco experiencia, no las conocía. Y agora que estas herejías han pasado por París, no quisiera haber tenido compañía con ellos por todas las cosas del mundo. Y esto solo no sé yo cuándo podré yo pagar al señor maestre lñigo, que él fue causa que yo no tuviese conversación ni conocimiento con personas que de fuera mostraban ser buenas y de dentro llenas

de herejías, como por la obra ha parecido. Por tanto, suplico a vuestra merced le haga aquel recogimiento que me haría a mi misma persona, pues con sus buenas obras en tanta obligación me ha echado”.

La gratitud y el afecto profundo hacia Ignacio no harían sino crecer con el paso del tiempo y aun más con la separación. Por diversas cartas escritas desde la India vemos cuanto añoraba Javier el encuentro con Ignacio “en esta vida”. Llevaba la firma de Ignacio en una de sus cartas colgada al cuello en una bolsita, leía sus raras cartas de rodillas y llorando, le emocionó singularmente la despedida del comedido Ignacio en una carta: *“Todo vuestro sin poderme olvidar tiempo alguno”*, y él se profesaba *“Hijo menor en destierro mayor”*. ¿Pensáis que tal hombre aceptaría que entre nosotros, por razones políticas, se muestre mayor simpatía hacia él que hacia Ignacio? Les daría “su merecido”, como prometió dárselo al cizañero que indispuso a su hermano contra Ignacio.

Nada sabemos del misterio de la conversión de Javier, “la madera más dura que le tocó tornear” a Ignacio, según dijo algún día. Sí sabemos que salió un discípulo perfecto de su maestro. La mejor demostración es la escena que vamos a relatar. Ignacio se hallaba enfermo en cama y llamó a Javier junto a su lecho para decirle: *“Padre Maestro Francisco, ya sabéis que prometí al rey de Portugal dos Jesuitas para la India, el Padre Bobadilla está enfermo y no puede partir, y el embajador de Portugal tiene prisa por irse. ¿Queréis ir vos?”* En el acto Javier contestó: *“Sí, heme aquí”*. A la mera sugerencia de Ignacio, contestó con obediencia pronta, alegre, generosa. Al día siguiente salía de Roma con el embajador. Se arrancó de sus queridísimos compañeros y sobre todo de la cercanía de Ignacio. También en ese gesto esta todo él, forjado por Ignacio. En el momento de la despedida, Ignacio le palpó la ropa y se dio cuenta de que sólo llevaba la camisa sobre el cuerpo y le proveyó de alguna ropa. Es un detalle de la pobreza de Javier y de la delicadeza de Ignacio.

Luego durante doce años, sólo quedaría la comunicación por carta, por las “cartas inciertas y raras”, que tardaban dos años en llegar a destino. Por cierto en 1552, año de la muerte de Javier, Ignacio le escribió llamándole a Roma. Naturalmente la carta llegó después de la muerte de Javier, cuya noticia tardó igualmente mucho en llegar a Ignacio. Javier el discípulo perfecto de Ignacio, probablemente su preferido. Basta rastrear sus cartas para comprobar en su espiritualidad la marca de los Ejercicios y en muchos detalles de su vida un bis o repetición del estilo de Ignacio. Entre otras cosas, su inmensa confianza en sólo Dios en medio de aventuras y peligros de muerte, y su constante anhelo por conocer y sentir en lo hondo del alma la voluntad de Dios y plenamente cumplirla.

Ignacio, por fin, estaba en Roma dando perfil definitivo a su obra, no por "ambición de poder", como ha dicho Fülöp-Muller. Mirando hacia atrás, vería que todo comenzó en el secreto de su cuarto de Loyola, donde se entregó a Dios y salió de su casa muy otro del que había entrado herido. Tanto, que queriendo matar de raíz su orgullo de estirpe, se transformó en peregrino y mendigo, sin nombre ni apellido, a los pies de la Virgen de Montserrat. Allí, como un caballero de leyenda veló armas una noche, se despojó de sus vestidos elegantes y se vistió con un ropón de tela burda. Comenzó una vida nueva, fue extremado en sus penitencias, conoció una noche del espíritu que casi le llevó al suicidio, pero también misteriosas gracias místicas. Lo recordará muchos años después, al final de su vida, cuando fue desgranando recuerdos ante el jovencísimo Gonsalvez de Cámara, el portugués convertido por Fabro que anhelaba conocer al padre Ignacio. Él nos dice que Ignacio paseaba, mientras iba contando hechos pasados de su vida como si los reviviese en el momento de contarlos. "Fue una tarde, junto al río Cardoner que iba hondo", así lo recordaba él treinta años más tarde. Su alma se llenó de luz y entendió de otro modo, nuevo, profundo, inusitado, el meollo de la fe cristiana. Muy poco reveló de lo entendido. ¿Atisbó en aquel momento su futuro? Algunas decisiones tomadas después las justificaría con "cierta cosa que pasó en Manresa" en aquella tarde inolvidable e inolvidada.

Se propuso firmemente ir a la tierra de Jesús, a la Tierra santa, no como un peregrino normal, sino en suma pobreza. Logró un pasaje gratis en la nao que le había de llevar primero a Roma, no así la gratuidad de su alimentación. Quería demostrar con su actitud entera confianza en la Providencia. Al fin le convencieron para que, pidiendo limosna, se procurase el avío de su sustento. Como le sobrasen unas monedas, las abandonó en la playa, para así zarpar en radical pobreza. ¿No parece un Francisco de Asís redivivo? La comparación no es arbitraria. Allá en los días de convalecencia en Loyola, ¿no pasó por su mente y le impresionó la vida del Seráfico de Asís y se preguntaba a sí mismo, según lo recordó más tarde: "*¿qué sería si yo hiciese esto que hizo Francisco, y esto que hizo santo Domingo?*". No voy a relatar los trances en que se vio metido en aquel largo viaje de ida y vuelta. No le fue posible quedarse en Tierra santa para allí vivir y morir. Mas del viaje tornó con un vago deseo de "ayudar las ánimas", de despertar a otros como él había despertado y cambiado. Sus experiencias espirituales serán normativas para otros. Había escrito ya un primer boceto de sus Ejercicios espirituales, que lo iría completando; un pequeño librito, no para leer, sino para "se ejercitar", para ponerlo en práctica, para tensar el alma

en silencio y abrirla a la gracia de Dios. Algún día confesaría a su antiguo director parisiense el Dr. Miona que el libro de los Ejercicios era “lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar y aprovechar a otros muchos”. Cuatro siglos más tarde Pio XI lo calificaría de “código sapientísimo y universal para dirigir las almas”. Se dice que en vida de Ignacio hicieron los Ejercicios siete mil quinientas personas, naturalmente en Ejercicios dados por Ignacio y por sus compañeros. Ignacio creía en el hombre y en su libertad, pero no menos en los efectos de la gracia de Dios. El secreto de su método estaba en “detenerse a pensar” como él lo hiciera en Loyola durante su convalecencia, en fijar la atención en Dios, en buscar y sentir su voluntad, para entregarse a ella sin reservas.

Con la práctica de los Ejercicios de mes ganó uno a uno y de modo definitivo a sus compañeros de París. No era ningún secreto personal guardado. Sus compañeros y los siguientes jesuitas perpetuarían los Ejercicios ignacianos. Y, no lo olvidemos, su autor era un seglar, no sacerdote, eso le acarrearía no pocos disgustos: ¿Cómo se permitía hablar de Dios, de pecados y virtudes, quien no había aún estudiado Teología? Eso le dijeron en los días lejanos de Alcalá y le podrían repetir en sus primeros años de París. Persistió en su fórmula contra todo y contra todos. Podía repetir la frase de Jesús al que le abofeteó delante de Caifás: “Si he hablado mal, dime en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?” En París alcanzó el grado de Maestro en Artes o Filosofía, luego estudio Teología. Por fin, ya estaba autorizado para hablar de Dios.

Dejamos a Ignacio y los suyos en Roma. Había perfilado “un modo de vivir”, de ejercer el apostolado gratis y en pobreza. Él soñó con predicar a los niños y a las gentes sencillas más abandonadas. Mas un día fueron sentados a la mesa del Papa Paulo III los Maestros por París Fabro y Laínez. “¿A qué tanto desear ir a Jerusalén?”, dijo el Papa. “Buena y verdadera Jerusalén es Italia si deseáis el fruto en la Iglesia de Dios”. Efectivamente, tierra de Jesús era el mundo entero y cada rincón del mismo necesitado de su palabra y de su redención. Fue un viraje decisivo en el camino trazado por Ignacio. Los suyos, “preparados para todo” se pusieron al servicio del Papa. En más de quince años Ignacio no saldría de Roma sino cinco veces. El infatigable andarín, que fue desde Barcelona a París “solo y a pie”, no se movería del pequeño cuarto de Santa María de la Estrada, que todavía hoy podemos visitar.

El Papa aprobó verbalmente el modo de vida de Ignacio y los suyos. Más tarde aprobó una sucinta “Forma instituti”, pero obligó al grupo

a redactar unas Constituciones que diesen más perfilada forma a la Compañía de Jesús.

En alguna manera el encargo convertía al pequeño grupo en cofundadores de la Compañía. Javier estaba ya muy lejos, otros se ocupaban de otras misiones encomendadas por el Papa. Al fin, decidieron que, ante la imposibilidad de dedicarse juntos a tal tarea, Ignacio y otros dos redactasen el texto y los demás lo revisarían y aprobarían cuando pasasen por Roma. Ignacio empleó doce años en la labor, mezclando en ella luces de lo alto logradas en la oración con lo que le dictaba la experiencia acumulada durante aquellos años. Así y todo y tras numerosos cambios en el proyecto inicial, dejaba abiertas las Constituciones para ulteriores variaciones y complementos. Primero nació la Compañía, y con el paso de pocos años fue adquiriendo forma... y número. Inicialmente en el año 1540 eran una decena, dieciséis años más tarde, a la muerte de Ignacio, eran ya casi mil. Al inicio Ignacio estampó esta frase: "La Compañía no tendrá colegios". Acaso pensaba en formar a los suyos en la Universidad como había sido el primer grupo. A la muerte de Ignacio la Compañía regía unos cuarenta Colegios en Europa. El éxito del colegio de Messina había provocado la demanda de obispos y príncipes.

Si en 1540 la Compañía hubiese elaborado un tríptico de propaganda vocacional ¿cómo habría delineado sus fines específicos, su campo de apostolado? Estaba abierta a las propuestas del Papa y, además, a las instancias de la vida. El Papa dispuso que Laínez enseñase en la Sapienza, que otro fuese a reformar a las monjas de Siena, a algunos les envió a una misión imposible en Escocia, años más tarde destinaría a dos al Concilio de Trento. Aún quedaba campo libre a los que quedaban en Roma. No estaba escrito ni previsto que los Jesuitas habían de responder a la terrible hambruna del entorno de Roma que arrojó masas famélicas sobre la ciudad en un duro invierno. Ignacio y los suyos se dedicaron a acoger gente, a proporcionarles calor y alimento, como lo haría San Vicente de Paul en el siglo siguiente. ¿Acaso estaba escrito que Ignacio se había de dedicar a recoger a las prostitutas de Roma que querían cambiar de vida, y a acoger a las hijas de éstas para que no siguiesen el camino de sus madres? Pues Ignacio se preocupó personalmente de ello y creó dos instituciones para las que buscó la ayuda material de algunas altas familias romanas. Ignacio en persona catequizaba a los niños por la calle. Alguna vez, cerca de una zona que todavía hoy se llama Banchi, los niños le tiraron manzanas a su paciente catequeta. Mayores pruebas le tocó afrontar a lo largo de su vida.

Él y los primeros jesuitas, compañeros de París, se agotarían en el trabajo. El primero que murió, hoy Beato de Fabro, el dulce saboyano, se agotó en muy pocos años: estuvo en Worms, Spira, Maguncia, Amberes, Portugal, Colonia, volvió a Evora, pasó por Valladolid y llegó a Roma para morir allí en 1546 cuando se disponía a acudir al Concilio de Trento. El P. Laínez, sucesor de Ignacio en el generalato de la Compañía, predicó en Venecia, Padua, Brescia, Roma, Bassano, estuvo en el Concilio de Trento y pasó nuevamente por Florencia, Sicilia y Génova. Salmerón estuvo en Nápoles, Roma, Trento, Ingolstadt, otra vez en Nápoles, para marchar de nuevo a Alemania y Polonia. Jayo reemplazó a Fabro en Alemania, se movió por Ratisbona, Ingolstadt, Salzburgo, Dillingen, Trento, Ferrara, retornando de nuevo a Alemania. Bobadilla pasó por Ischia y Nápoles para luego ir a Innsbruck, Viena, Passau, Praga, Bruselas, Ausburgo, Roma, Nápoles, Ancona, la Valtelina, Dalmacia. Y ¿cómo no recordar a Javier, no andarán, sino navegante por lejanos mares, con miles de leguas de viaje a lo largo de diez años? Infatigables en su labor, fueron dignos hijos del infatigable Ignacio, si bien este último quedó preso en Roma hasta el fin de sus días.

Todos ellos informarían a Ignacio de sus correrías y sus cartas son hoy fuente histórica notabilísima para seguir el pulso espiritual de media Europa, y aun de tierras más lejanas como Etiopía, Brasil, la India y Japón. Ignacio había concebido la Compañía como una empresa de acción. Por eso, para escándalo de muchos, suprimió algo que se creía esencial a toda familia religiosa: el coro y moderó también las prácticas penitenciales usuales en las Ordenes religiosas, porque la penitencia mejor era el trabajo sin descanso y la disponibilidad total del jesuita. El jesuita "in actione contemplativus", se santificaba trabajando, entregándose generosamente al trabajo apostólico. Por ello dondequiera que se instalaban o simplemente pasaban, constituían un foco de espiritualidad de reforma honda de la Iglesia. Me gusta repetir a este respecto unos versos de un poeta desconocido, Hernández Carratalá:

"La Cristiandad, cobarde y desangrada, aprendió de ti la fuerza de olvidar el lamento"

El lamento, la crítica, el desaliento, eran sentimientos imperantes en la época, y con motivo más que fundado. Silenciosamente, sin criticar públicamente ni lamentarse, Ignacio suscitó unos hombres capaces de transformar a cada hombre y a la sociedad entera. En vida de Ignacio surgieron 80 casas de la Compañía. Vio nacer las llamadas Provincias de la misma, en Portugal, España, Aragón, Castilla, Andalucía, India, Italia Sicilia, Etiopía, Brasil, las dos Alemanias, Roma. Sus hombres siempre

eran menos de los que su ansia anhelaba. El mundo era pequeño para su afán de servir. Como una vieja herida que de nuevo se abre, soñó en sus últimos días con abrir un colegio de Jerusalén, como si no quisiese renunciar al destino inicialmente acariciado.

El primer asombrado de su obra era él, precisamente al término de su vida tenía la convicción profunda de que no era él quien había ordenado sus pasos y aventuras, sino Dios que se había servido de él y lo llevó por extraños vericuetos a lo que había resultado. Soñó con ser carujo en los primeros momentos de su conversión, con vivir retirado en radical soledad, y se vio inmerso en el mundo, caminando muchas leguas a pie, rodeado de amplia familia con tentáculos en mediomundo; y no satisfecho con lo hecho, al fin de sus días hablaba del “tesoro que tenemos de esperanzas”, que es como decir que soñaba con nuevas y más y más empresas y compromisos, solicitado por Papas, Obispos y príncipes. Todo llegaba a aquel pequeño cuartito de Roma en que murió y que hoy podemos visitar con reverencia. En él pasó horas y más horas, siguiendo y moderando el desarrollo de la Compañía escribiendo miles de cartas. En él fue envejeciendo.

No se suele tener en cuenta que cinco años antes de su muerte, terminada ya la elaboración de las Constituciones, Ignacio quiso dejar su cargo de Prepósito General de la Compañía. El hecho está atestiguado por un documento, que cerrado y sellado, entregó a los compañeros primitivos que se habían reunido en Roma para revisar y dar su aprobación a las Constituciones. El año anterior su salud había sufrido algunas embestidas. Quizá se sentía viejo. Dos años más tarde se registra que iba declinando mucho. El documento no puede menos de leerse con emoción: *“En diversos meses y años, siendo por mí pensado y considerado sin ninguna turbación intrínseca ni extrínseca que en mí sintiese que fuese causa, diré delante de mi Creador y Señor que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender a mayor alabanza y gloria de su divina Majestad. Mirando realmente y sin pasión alguna que en mí sintiese, por los muchos pecados, muchas imperfecciones y muchas enfermedades tanto interiores como exteriores, he venido muchas veces a juzgar realmente que yo no tengo, casi cno infinitos grados, las partes convenientes para tener este cargo de la Compañía que al presente tengo por inducción e imposición de ella. Yo deseo en el Señor nuestro, que mucho se mirase y se eligiese otro que mejor, o no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía... yo depongo y renuncio simplemente y absolutamente tal cargo que yo tengo, demandando y en el Señor nuestro con toda mi ánima rogando, así a los profesos como a los que más querrán juntar para*

ello, quieran aceptar esta mi obligación así justificada en la su divina Majestad."

Evidentemente no era cosa improvisada, sino meditada largamente en meses y años. Sin embargo la propuesta fue rechazada. Ignacio podía tener sucesor, no sustituto. Siguió ayudándole como secretario el fideísimo y abnegado P. Polanco, burgalés, y a partir de noviembre de 1554, el mallorquín P. Nadal. Como diría un coetáneo, el P. Ignacio, cada vez más silencioso orante, sustentaba con su oración toda la Compañía. Con desahogo secreto, Ignacio diría a Javier en una carta de puño y letra suyas, que todavía podía mover la mano y la pluma— se calcula que escribió unas veinte mil cartas, de las que se conserva una cuarta parte —“para que sepáis que estoy vivo en la miseria de la triste vida”—. No le faltaron adversidades de última hora: Las deudas para pagar el Colegio Romano, precedente de la actual Universidad Gregoriana, así llamada por la posterior ayuda del Papa Gregorio XIII, si bien pudiera llamarse Borjiana por la generosa esplendidez del Duque de Gandía, que en vida de Ignacio se convertiría en el P. Francisco de Borja y sería el tercer General de la Compañía. Se añadieron a esto el rechazo de la Compañía por el Arzobispo de Toledo Martínez de Silicio, la resistencia de Francia a la fundación del Colegio de París, algunos ataques públicos contra ella, ciertas desavenencias con el P. Simón Rodríguez, uno de los primeros compañeros, la antipatía de Paulo IV, etc. Con su sotana negra sencilla, ayudado por un bastón de caña, ya calvo, se movía Ignacio por el estrecho recinto en que vivía. Su rostro era un poema de contención y vida interior. Algunos dicen que su mirada traspasaba el alma y la penetraba profundamente. Era grave y comedido en el hablar y en todo. Era el “hombre más cortés y comedido que jamás he visto”; decía Gonçalves Cámara.

Y era profundamente amado. Siglos más tarde, quienes no le habían conocido y lo ignoraban todo acumularán terribles dictérios sobre su persona: le mueve la ambición, es un déspota del espíritu, un hombre sin sentimientos, hasta alguno en su odio le hace judío. Quienes de verdad y de cerca le conocieron dicen cosas totalmente contrarias: siendo hombre naturalmente colérico, normalmente se expresaba con tal suavidad que parecía “una fuente de óleo” alguno hablará de “la dulzura de su conversación”. Gonçalves Cámara que le trató tan directamente los últimos años de vida, nos deja esta estampa maravillosa: *“Todo parece amor... es universalmente amado de todos; no conoce ninguno de la Compañía que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser amado del padre”*. Y sin embargo hay en él una contención afectiva que enmascara de alguna manera su más íntimo modo de ser. Alguna vez

llegó a decir que “quien medía su amor con lo que él mostraba, que se engañaba mucho; y lo mismo en el desamor o mal tratamiento”. “¿Con qué nos quedaremos: con las invectivas que inspira el odio, o con los elogios que dicta la cercanía y el conocimiento directo de su persona?”

Espero haber evocado ante ustedes esta tarde algo de lo que fue Ignacio, algunos trazos de su imagen. Pero antes de despedirles, volvamos a la casa torre de Loyola, a su puerta de entrada y su dintel, coronado por las armas de los Oñaz-Loyola. Allá por 1522, tras semanas de convalecencia y de perceptible mutación interior y exterior, algo barruntó su hermano de los propósitos secretos de Ignacio de abandonar su casa nativa. Y como lo recordara él mismo en sus confidencias a Gonsalvez Cámara, “el hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder, y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente y cuánto puede valer, y otras cosas semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía”. Como pudo, y sin revelar su secreto, “se descabulló de su hermano”. Y cruzó un día el dintel, la puerta de entrada, acaso acariciando sus piedras. Aquella puerta marcó la frontera de su libertad. Decidió voluntariosamente iniciar otro camino que le llevó no a ser la vergüenza de la familia como creía su hermano, y a defraudar las esperanzas de la familia y lo que podía valer en el camino trillado por los suyos. Cruzar aquel dintel significó iniciar una aventura que lo ha convertido en figura capital de su siglo, en un gran siervo de Dios y de la Iglesia, en hombre de estela fecundísima, y por ella en el más universal de todos los vascos.

